LAS COSQUILLAS

1
233755



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

10 cénts.

1
233755

47/150508-1

Las cosquillas del amor

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¿Llegará hoy mismo, ama?

—¿Quién, el rey? Seguramente.

—¿Le gusta a usted?

—Es buen mozo: con buenos bigotes y sobre todo, con... excelentes pulmones.

—Y ¿a vos os consta eso?

—Más que a vos, Intendente.

—Digo y repito que la llegada del rey... —un beso al descote de Onia Bravante (la bella nodriza).

—¡Imprudente...—Pero en secreto relamíase de gusto al asegurarse con la fingida aceptación de aquellas pequeñas libertades, la adhesión y sobre todo. las intimidades de palacio.

— Amancio—llamó dirigiéndose al mayordomo, que parecía no tomar parte en la conversación, a cierta distancia.

—Mándeme, bella dama.

—Me vas a abrochar mi brodequín...

R. 3224210

Se me aflojó algo.

Amancio no se hizo repetir la invitación: Onia le facilitó la tarea alzando ligera más de tres palmos de falda, que oprimió al suculento muslo.

—Señores; el rey se aproxima—saltó y y vino un heraldo, con voz sonora, aunque algo gallinácea.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—clamaron todos con la natural emoción.—¡¡El rey!!

***

Un cuarto de hora más tarde hacía su entrada, bastante triunfal por cierto, Su Majestad Oronte III, rey de Camelandia.

Decimos «bastante triunfal», por haber impedido serlo por completo un maldito pisotón que le dió en un callo real una mula de un proveedor de palacio, a pocos pasos de éste.

Pero charangas, vivas, ovaciones y otras baratijas muy del caso no faltaron, como es de suponer: todo ello organizado por el competente intendente, monsieur Belloni di Malatesta, (italiano de origen aunque recriado en el reino de Camelandia).

—¡Viva el rey!...

—¡Vivaaaa!

—¡Viva el pacificador de los pacíficos!

—¡Vivaaaa!

—Basta, muchachos. No me deís más lata con vuestros gritos.

—¡Señor! El entusiasmo popular es justo.

—¡Justo... y cabal! Bien: bien. Que avisen a mi augusta esposa y me traigan una gaseosa bien caliente con unas gotas de leche de higo chumbo. Voyme a descansar y a que me quite este dolor en mi augusta nariz mi callista de cámara.

—No puede andar, por los callos, señor, el callista.

—¡Anda! Otro bruto más bruto que tú... Id al infierno.

El rey dió media vuelta y abandonó el salón del trono. Una vez llegó a su cuarto halló acostado en su real lecho a una rolliza azafata de la corte, que dormía a pierna suelta y con ambas piernas separadas y la mano derecha encima de la conciencia.

¡Rechufitas!—exclamó el invicto personaje—dando una fuerte nalgada a la dama inerte.

—¡Señor! ¡Oh! ¡Perdón!... Creí que no llegaba V. M. hasta dentro de tres días...

—¿Y pensabas dormir y acariciarte así durante tres días?... ¡Anda el cachivache! ¡Ale, fuera de aquí! y que no se sepa este abuso tuyo en mis dominios.

Salió de allí avergonzada la damisela,

con las haldas recogidas, que se le caían por momentos y casi al aire ambos pechos, llenos de turgencia y de encanto.

Como que no era mala moza doña Sinibalda, la susodicha dama y pasaba por ser la que más amantes se había echado desde que moraba en palacio.

***

Cuatro horas antes de llegar el rey, desarrollábase en la alcoba real, la siguiente escena:

—¡Reina mía!... ¡Permitid! ¡Otra vez!

—Bien... Pero no en los labios, Celso. Tú fumas y...

—¡Oh! ¡Que bello le teneis, ídolo mío! Dejad que le vea por última vez antes que el rey a quien odio, usufructúe solo vuestro real posterior y demás partes de vuestra augusta y deslumbrante escultura.

—¡Hártate!—y alzando la finísima holanda permitió al duque la osculase de nuevo cien y cien veces con apasionamiento.

—Así como así no amais poco ni mucho al rey ¿cierto que adiviné?

—¡No vas mal, duque. Sin embargo...

Ahora la reina, la digna esposa de Oronte III, habíase estirado cuan larga era sobre el *puf* forrado de satén negro que

gustaba de ocupar y hallábase al otro lado del regio lecho.

Sus muslos amplios en lo superior se estrechaban sin dejar la rotunda ampulosidad de su diseño, hacia las rodillas, sus pantorrillas de retador modelado, llenas, de contextura capaz de anestesiar al mortal más prevenido en contra de los furores carnales.

Sus dos mellizos pectorales una pura maravilla...

—¡A mis brazos!... ¡Amor! ¡Divinidad!

—¡Locura!—añadía ella cayendo en poder del avasallador personaje, sin discernir a punto fijo si era hombre o sátiro, magnate o plebeyo.

Aquella reina joven y potente, bella entre las bellas y ávida de goces, resultaba aprovechadísima émula de la inmortal Mesalina, cuya historia de liviandad y pecado se sabía ce por be y por piezas menudas.

—¿Te has traído eso? El ídolo chino.

—Sí. ¿Habeis mandado recado al rey, vuestro esposo, de que teneis dolor de muelas?... ¡Vaya un dolor!—rió él satisfecho, cuando ya hubieron calmado ambos sus mútuos ímpetus amorosos.

—Sí, tal. El crédulo, pobre Oronte.

—No os fieis, sin embargo... Puede

aparentar credulidad y...

—¿Temes por tu vida?... Además, si él no puede... sonarse ¿con qué derecho lo impide a sus palaciegos?

—¿Por mi vida?... No es Oronte III de los más aficionados a despenar a sus súbditos.

—¿Entonces?

—Nada... Temo que si sabe que os gusta y os complace mi idolillo oriental... me prive de él, en seco y sin apelación.

Rióse la seductora soberana ante tal idea.

—No te apures mucho. Oronte es mío... Le tengo en mi poder por una cosa sola á la que no resiste.

—¿Y cuál es?

—Mi jardinillo... Mi jardinillo de Diana, como yo le llamo.

—¡Ah! ¡Ya!... ¿Y os lo riega él mismo?

—En persona cuando puede y se lo permiten sus muchos devaneos...

—¡Oh! ¡Gracias! ¡gracias! ¡Sois ideal y única!... ¡Bendita seais!

Después de estas frases de elogio y gratitud, se separaron nuestros apuestísimos amantes.

II

La ley del reino prohibía a los jefes del estado de Camelandia dar a la sucesión suya más de un heredero.

Sabias leyes, opinarán algunos—pues son menos bocas que alimentar.

Lo cierto fué que el Presidente del Consejo señor Perdicant, tuvo casi una pelotera con el propio monarca, al pretender éste, pasar al dormitorio ocupado por la reina Zaira la siguiente noche a la de su llegada de regreso de la cruenta guerra, con sus vecinos y enemigos los livonios.

—¡Qué sí entro!

—¡Qué no puede ser!... ¡Me perdeis! Perdeis al país... perdeis a la...

—Basta de pérdidas. Me chincho en vuestra Constitución. Tengo hambre de mujer propia... Quiero ver y dormir y... hacar con la reina lo que me salga de los reales pelos... ¡Vaya!

—Pues ¡no vaya! Digo yo, con vuestra real licencia.

—Te propongo un trato... ¡Te perdono la contribución, los consumos y aquellos cuarenta mil escudos que me debes de judías estofadas!...

—No me tenteis... El trato es que me

permitas acostarme con la reina una o dos horitas nada más; el tiempo necesario para soltarla tres piropos ¡y me largo sin que me sienta la tierra!

—¿Me perdonais las judías?...

—Hasta las cristianas si quieres te perdono... Pero no me seas más latoso, presidente, créeme a mí. Es por tu bien.

El presidente se alejó, yéndose a yacer con la impávida nodriza del principito, que usufructuaba a medias con el propio esposo de ella, el excelente ayudante de órdenes del rey (de origen ruso, pero aclimatado como una ostra del Cantábrico) a la corte de Oronte III, desde chiquitín y que como es muy natural y comprensible tenía a gran honra el compartir el lecho conyugal (con el ilustre personaje, el de mayor postín del reino sin duda).

Oronte impaciente y con los humores eróticos exasperados cayó como una bomba en el cuarto de su real compañera.

Pero ésta sorprendida, aunque amaba sinceramente a su augusto cónyugue, estaba repleta con las caricias y los achuchones del duque Palmerín, su amante oficial —aunque ignorándolo el rey, como es muy del caso suceda.

—Déjame, Oronte. ¡Mis muelas!... ¡Ay! ¿No decían que tus narices?...



—Mis narices, como ves, están incólumes. Ha sido una broma de ese Duquesito. Yo te curo en un santiamén, Zairita. Anda, vuélvete cara a mí.

—No puedo; me duele todo el cuerpo.

—Pero ¿dónde, preciosidad?

—Aquí...

—¡Húmedo está! —refunfuñó el monarca escamado.

—Por las lágrimas mías derramadas por tu larga ausencia...

—Embustera... ¡Digo! Exagerada... Rechufetas! Cierto que me has salido más romántica que la consabida «Dama de las Camelias»... Pero, los dos caminitos que conducen a tu jardinillo noto están igualmente humedecidos.

—Será del reciente espolvoreo con agua de Colonia.

—¡Recolonia! Más bien huele eso a cuerno quemado.

—¡Oronte!... ¡Orontito!... No te amontones y calla que las muelas pueden dolerme de nuevo cuando estés en lo mejor.

Ella aparta obstáculos admirables de blancura, de eburneidad, de donosura carnal y apocalíptica.

El real besuqueo lo efectuó Oronte III con su magestüosa prevención.

Ella suspiraba y seguía prestándose con

más ahinco que antes a la amorosa operación. Estaba hecha una pura jalea.

—¿Me querrás, nene?

—¡Más que al mundo!... ¡Qué estrechito conservas ese caminillo del jardín! ¡Es una pura delicia!

—¡Ah! ¡sí!... Es el que conduce a la cascada...

—¡Oh! ¡Sublime!... Bésame ahora: completemos el cuadro, mi reina.

¡Oh! Los pechos próvidos y lubrificantes de la real dama temblaban emocionados, ante las acometidas cariñosas del monarca, joven y robusto como pocos.

—¡Más abajo!

—¡Y más arriba si quieres! ¡Rechufeta!... ¡Qué reguapísima estás, así en esta postura!...

—*¡Idolo mío!* —decía ella poniendo los ojos en blanco— pero acordándose del idolillo oriental que le ofreciera el duque el día anterior.

—¡Hagamos un bebé, Zairita del alma!

—¡Como no! ¿Pero y la Constitución?

—¡Me chincho en ella!... Somos dos seres cálidos, antes que monarcas.

III

Acaba de llamar al real palacio un for-

nido escudero mulato, del indostánico reino La Zarracina, todo compuesto de semisalvajes y que intentaron asaltar la Camelandia, con el exclusivo objeto de arrebatarle a Oronte un par de equipos de mujeres blancas para Mamukdin I, el negro rey, con cara de pocos amigos.

Perdicán el presidente, corrió a visitar a Oronte III.

—Piden cincuenta hembras bravas señor: bravas y blancas.

—¡Otra vez! Díle a ese escudero que se me ha acabado el género blanco: que si le es lo mismo color de higo chumbo. Bien que pase este... negro.

Pasó el mulato, buen tipo, fornido, cargado de pedrerías.

Pero más cargado estaba aún el buen Oronte.

—¿Sabes que tu amo pide más que el gobierno?

—Señor: Mamukdin goza más con dos blancas que con cien negras, quiere probar a ver si le salen principitos... más clarificados que los veintitres hijos que tiene: que amontonados semejan una mina de hulla.

—Bien... Bien. Que te alojen por ahí y mañana proveeré a tu embajada.

Retiróse el moreno fornido, con un pa-

laciego.

***

A la misma hora, el día siguiente. Recepción en honor del embajador de Mamukdin I.

Rambudna que era el nombre del importuno, gozaba de antemano.

Era que iba a examinar de cerca las docenas de camelandinas hembras que se iba a llevar.

Formaron las víctimas de orden del rey en semicírculo ante el embajador negro y demás personajes palaciegos.

¡Refurciales! Catorce hembras de órdago, a juzgar por el exterior... Luego a una señal comenzaron una danza especial en que removían todas la tripa con una gracia y un delirio incomparables, produciendo ya hilaridad, ya diferentes sobreexcitaciones a los distintos espectadores.

La danza se efectuaba estandó todas las hembras completamente en pelota, sin conservar más que las medias y las ligas. Catorce torsos deliciosos. Unos trescientos kilos de carne vivaracha, movediza, que pedía el mordisco a todo trance.

Pero el muy hotentote del enviado de Mamukdin, al terminar el baile hace un gesto de desprecio y dice:

—Esto no vale dos perras... Es arroz con leche... Vaya que no me lo llevo!

Oronte se indignó.

—Que amarren a ese bellaco y lo encierren en mi mazmorra más oscura, a pan y agua por tres días.

Fué ejecutada la orden incontinenti.

Calmados los ímpetus desdeñosos de Rambudna, cantó la palinodia, al comenzar el día cuarto de su encierro.

—Señor, me llevo tu mercancía... Me contento con tus catorce beldades y en nombre de mi amo Mamukdin, te condono dos años de diezmos y primicias a su reino.

—¡Eh! ¡Que dice ese bárbaro!—replicó el presidente del Consejo.—No admitimos condonaciones... Que le saquen de ahí y que le lleven hasta el camino de su país montado en un borrico, con la cara vuelta hacia el rabo del animal.

—Y mujeres no te llevas ninguna, por ansioso—respondió por su parte el intendente.

El negro quedó anonadado. Irse a su país sin mujeres blancas era exponerse a una decapitación casi segura...

Oronte III, tuvo conmiseración del infeliz. Precisamente aquel día el opulento duque Celso (el que usufructuaba a la reina)

había recibido la copia exacta de un ídolo chino... en celuloide.

—Señor—dijo a Oronte, entregándole el lindo bibelot—os ofrezo este presente, que se lo podeis endosar a ese bárbaro de Mamukdin.

—¡Justo!... Ahí tienes, tu, embajador. Toma este ídolo y díle a tu amo el rey, que se lo regalo en compensación a las mujeres que yo le ofrecía y por tu culpa se las niego ahora.

—Pero ¿nada más?—exclamó compungidísimo el *oscuro* personaje.

—Majestad, podeis decir a ese...

—Díselo tú mismo, Duque.

—Pues a Mamukdin, tu amo y señor, le adviertes una preciosa propiedad de este ídolo chino. ¿Sabes en que consiste?

El rey que conocía lo guasón del carácter del duque Celso, pensaba:—«A ver por donde saldrá ese fresco».

—Pues en cuanto un personaje real se aplica este idolillo en cierto paraje muy fácil de hallar, al punto sus ojos se cierran y un ensueño deslumbrador le asalta. Son protagonistas de este ensueño superfino docenas y más docenas de bayaderas, ninfas, huríes... todas en paños completamente menores, las que en tropel asaltan al personaje en cuestión siempre que sea

de sangre real. ¿Te has enterado bien, Rambudna?

—Perfectamente... ¿Y si me lo aplico, yo? ¿Nada experimentaré?

Una carcajada general—el rey Oronte inclusive—acogió aquella cándida pregunta del negro.

—Puedes probarlo... Pero ha de ser en cuanto vayas a recogerte por la noche. ¿Pero tú tienes sangre real en tus venas?

—Tanto como real... no se. Pero mi madre vendía dátiles en un zoco de Stambul...

A la mañana siguiente partió el negro para su país! iba regocijado y contento.

El fanatismo de aquellas gentes iba a proporcionarle un disgusto. Pero el idolillo chino del Duque, sirvió primero para consolar a la Reina; luego para satisfacer y alegrar al Rey.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.

Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido. ¡Viva la faldamenta!—Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un Canuto libertino.-Las NALGAS marinas.-A punto de caramelo.—¡Vaya cardo! Los tres besos y medio.—El morrongo de Venus.-¡Toma candela!-La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.-Paraiso del Amor.—El jergón de la dicha.—Guatro gotas.—Acaparadora de besos.-Toma y daca.-Una cama diabólica Placeres egipcios.—Piernas alzadas.—Las cosquillas del amor.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires